



MUJERES Y FEMINISMOS

EN LAS CRÓNICAS Y COLECCIONES
DE CARLOS MONSIVÁIS

Niñez

Mujeres de los
pueblos originarios

Mujeres
burguesas

Represión y
sometimiento

Participación en la
vida económica y
social

Participación en la
historia y la vida
política

Siglo XX:
cambios y
permanencias

Creadoras
en la cultura y las
artes

Mujeres y feminismos en las crónicas y colecciones de Carlos Monsiváis

En México se está viviendo un momento complejo y contradictorio en lo que se refiere al avance sociopolítico de las mujeres. Múltiples luchas se expresan y abren nuevos horizontes en un contexto extraordinariamente terrible y dramático: feminicidios, secuestros, violaciones, desapariciones y acosos de todo tipo. Por un lado, la violencia de género y el sexismo persisten en una sociedad en cambio y transición y, por el otro, el activismo de miles de mujeres a lo largo y ancho del país, que con su resistencia y valentía han puesto en crisis el sistema patriarcal, racista y heteronormado.

Afortunadamente, ya no hay marcha atrás.

Esta exposición tiene como propósito recordar, pues la memoria de lo pasado contribuye al debate del presente y de nuestro futuro. A lo largo de su vida Carlos Monsiváis armó una extraordinaria colección de objetos, imágenes y escritos que es, en sí misma, una crónica de la historia social y política de México. Sus piezas, muy valiosas en su dimensión cultural, abarcan temas amplios y diversos. En esta ocasión, el Museo del Estanquillo presenta una variedad de imágenes de mujeres de su colección, que las muestran desde muy diferentes ángulos.

Y no podía ser de otra manera, pues Monsiváis fue un aliado fundamental de la lucha de las mujeres, no sólo empleando su pluma y su talento al servicio de la causa feminista, sino también poniendo el cuerpo en marchas y mítines, e interviniendo con su inteligente agudeza en conferencias y debates.

En las exposiciones que se han llevado a cabo en el Estanquillo han estado presentes muchas imágenes de las mujeres y sus múltiples luchas. En esta ocasión, recopilamos una numerosa e interesante muestra de piezas del acervo Monsiváis que son acompañadas por extractos de sus escritos. Así, se conjuga su mirada como coleccionista con sus escritos de intelectual crítico y gran aliado.

Esta muestra no pretende dar cuenta del amplio espectro de las luchas de las mujeres en México. Está acotada a exhibir las piezas de la colección de Monsiváis, por lo tanto no tiene la posibilidad de cubrir la variedad y riqueza de la lucha actual de las mujeres.

Iniciemos, pues, desde su labor de coleccionista, de activista y de escritor, un recorrido por imágenes e ideas que propicie la reflexión, y así contribuir a esa “revolución de las conciencias” dirigida a derrotar la cultura machista que sigue vigente en nuestro país.

Niñez

En nuestro país, profundamente desigual, la infancia de las niñas está condicionada por un sistema económico y social caracterizado por una lacerante concentración de la riqueza.

Desde los primeros años, las niñas van tomando el rumbo que la sociedad les va imponiendo. Las que tienen familias con un medio de vida que les permite contar con comodidades, llegan a adquirir un cierto nivel educativo y cultural mejor que la gran mayoría de niñas. En cambio, las hijas de obreros, campesinos y otras clases populares padecen todo tipo de carencias; trabajan desde muy temprana edad, e incluso algunas llegan a ser vendidas o casadas sin su consentimiento. Sin embargo, ambas comparten el mandato de la feminidad: ese conjunto de expectativas sobre “lo propio” de ser mujer.

Así, incluso las niñas de familias con recursos son prisioneras de esquemas y estereotipos sobre el papel que deben jugar, el cómo deben comportarse, y a qué pueden aspirar. Su destino está preestablecido: hija obediente, novia recatada, esposa agradecida, madre abnegada, todas dependientes de la autoridad del varón. De un ámbito a otro, con todas las diferencias económicas y sociales, las niñas desde muy pequeñas reciben ese mandato cultural que las forma para cumplir el papel tradicional.

Muchas de ellas quedan prisioneras del rol social asignado; otras, cada vez más, se rebelan y así cuestionan ese destino impuesto, inaugurando una nueva forma de ser mujer: autónoma y valiente.

Aunque las expectativas sociales y familiares respecto del mandato de la feminidad están cambiando, lo hacen muy lentamente. Como parte de la “revolución de las conciencias” es importante destacar las nuevas visiones de aquellas madres y aquellos padres que han variado sus ideas sobre el papel que las niñas tendrán en su edad adulta. Ya hay muchas familias que comprenden que sus hijas luchan por un mundo más justo para todas las personas. Esto tiene que ver con el hecho de que cada vez hay más interés por una transformación social que apunte a la equidad de género, en la cual la independencia de las mujeres de los añejos patrones de subordinación es un elemento central.

Mujeres de los pueblos originarios

En nuestra sociedad desigual, clasista, racista y patriarcal, las mujeres ocupan lugares subordinados o menos valorados. Pero si, genéricamente, las mujeres están socialmente oprimidas, las mujeres indígenas y las campesinas lo están aún más. En el medio rural, las mujeres tienen menos oportunidades para el desarrollo pleno de sus capacidades intelectuales y creativas. Desde pequeñas están sometidas a formas arcaicas de sujeción, además de a una explotación laboral que es tomada como “natural”: el servicio ilimitado a su familia y al de su pareja. Las mujeres indígenas suelen ser las esclavas de los explotados, y hoy resulta esperanzador constatar su organización política autónoma, que comparte muchas de las reivindicaciones feministas en relación con la libertad para decidir sobre sus cuerpos y sus vidas.

Las mujeres campesinas y las mujeres indígenas son indispensables en la reproducción económica y social; son pilares de sus comunidades y, por lo tanto, no sólo son el sustento de sus familias, sino también de sus pueblos. Portadoras de tradiciones y conocimientos ancestrales, estas mujeres son parte esencial de nuestra cultura. De ser heroínas anónimas de un mundo que las desconocía y despreciaba, hoy muchas han tomado la palabra y son líderes en sus comunidades y en diversos ámbitos de la política nacional.

Sin embargo, todavía vemos que, aunque la sociedad dice admirar sus tradiciones y herencias culturales, en lo concreto no se valora a quienes encarnan esas tradiciones y herencias. Así, es posible ver actitudes racistas y de desprecio dirigidas a las personas de los pueblos originarios, de la tradición afrodescendiente y del medio rural, mientras que, por otro lado, se admira su riqueza cultural y se escuchan loas a sus artesanías. Contradicción y paradoja. Por un lado, se las reconoce y valora como factor fundacional de nuestro país, pero por el otro, no se impulsa una política que verdaderamente modifique sus condiciones sociales y económicas. Así, se toma a estas mujeres como las auténticas depositarias de las tradiciones y de la riqueza cultural, pero las mantiene en un segundo plano, al margen de procesos que las beneficien en sus condiciones concretas de vida. Gran y enorme deuda tiene la sociedad mexicana con las mujeres indígenas y con las mujeres del medio rural.

Carlos Monsiváis insistía en la importancia de propiciar debates públicos sobre estos temas que conllevan una contradicción brutal entre lo que se dice y lo que se hace. Un ejemplo es la forma en que, en el siglo XX, se apreciaron sus textiles, con sus maravillosas representaciones de mitos y fábulas; se hicieron colecciones (públicas y privadas) de sus trajes tradicionales; se incorporó su gastronomía tradicional a los menús más exigentes; en las artes plásticas se las representó como símbolos de nuestra cultura; todo ello, y más, disociado de una política congruente con sus necesidades y anhelos como seres humanos.

Mujeres burguesas

A lo largo de la historia de nuestro país, sólo una minoría de mujeres ha vivido en condiciones económicas privilegiadas. Pertenecientes a la clase dominante, han gozado de beneficios de orden material, que el resto de las mujeres no ha tenido. Esta diferencia fundamental marcó rumbos diversos en sus biografías individuales y su situación colectiva.

Aunque pertenecer a la burguesía ha hecho de estas mujeres una minoría privilegiada en un mundo de pobreza y de esfuerzo social, no siempre transformó aspectos básicos de la subordinación femenina. Así, muchas siguen siendo dependientes, incluso viven violencia marital, compartiendo esa vulnerabilidad con mujeres de diferentes clases sociales. Para la mayoría de ellas, el ámbito principal de sus vidas ha sido su hogar y su familia. Hasta hace poco tiempo estas mujeres, y otras de clases medias y medias altas, no podían trabajar sin el permiso de su esposo. Y tampoco es muy lejano en el tiempo la prohibición de estar a solas con un varón o salir solas a la calle, así como de establecer libremente relaciones amistosas con otras mujeres. Aunque desde el siglo pasado empezaron a asistir a escuelas o a centros educativos, muchos de estos eran exclusivos para mujeres, y con frecuencia eran seleccionados por el padre. En la medida en que el privilegio significó la posibilidad de asistir a universidades privadas, aumentó su independencia y muchas lograron hacerse una carrera profesional, lo que les dio autonomía económica.

Para muchas hijas de empresarios y políticos, su matrimonio ha sido un mecanismo utilizado por sus padres para establecer alianzas políticas y económicas. Así, se les ha impuesto casarse con quienes se les ha indicado, y consagrarse a una vida de relaciones sociales, de representar el escaparate del poder de sus maridos, sin opción a un desarrollo profesional. Han tenido que soportar las infidelidades del marido, cargar responsabilidades familiares y sociales, y ser, en cierto sentido, prisioneras de esquemas clasistas que constriñen su autonomía. En ocasiones, su condición económica era (y sigue siendo), secundaria frente a su condición de mujer, lo que las ha obligado a cumplir el mandato cultural de la feminidad.

Represión y sometimiento

En la historia siempre ha habido momentos donde regímenes teocráticos norman la vida personal e íntima más allá de las disposiciones jurídicas aplicables al conjunto de la vida colectiva y social.

Actualmente, en algunos países aún existe un cuerpo represor (“la policía moral”), que vigila y determina la aplicación de reglas que atañen al ámbito íntimo, con castigos y sanciones a quien no las siga en su vida personal.

Pero si esto es terrible, doblemente lo es porque históricamente los controles y disciplinamientos se han dirigido particularmente hacia las mujeres, y también hacia personas disidentes sexual e identitariamente: lesbianas, gays y transgéneros.

En el caso de México, el catolicismo ha sido un elemento estructural de la represión sexual, que ha reforzado y sostenido la doble moral sexual: lo que se vale para los hombres se prohíbe para las mujeres. En concreto, un ejemplo del disciplinamiento diferenciado que la tradición católica establece sobre la conducta sexual ha sido la valoración acerca de la virginidad femenina.

El mito acerca de que la madre de Jesús lo concibió “sin pecado” (es decir, sin una relación sexual) transmite la creencia de que el valor supremo para una mujer es ser virgen y madre al mismo tiempo. Al homologar la actividad sexual al pecado, se transmite la creencia de que el valor de la mujer radica en la pureza: primero en su virginidad, y después, en ser fiel y recatada. Esa creencia teológica, que tiene vigencia desde hace siglos, está entrelazada en nuestra cultura y ha fomentado la represión sexual de las mujeres con el mandato de que no ejerzan su sexualidad fuera del matrimonio y, dentro de éste, la ejerzan sólo con el fin de procrear. Vale la pena hacer notar que en la doble moral sexual no existe, al menos no con la misma obligatoriedad, una norma cultural igual para los varones.

La exigencia cultural de la virginidad sirve para controlar sexualmente a las mujeres. Y esa moralidad diferenciada, la “doble moral”, refuerza el lugar subordinado de las mujeres, que deben cuidar su “reputación” en esta sociedad machista.

La valoración de la virginidad se expresa principalmente en el color blanco de los vestidos de novia. Llegar de blanco al altar es llegar “pura”, con la “honra” intacta.

En este contexto, no es fortuito el papel del mito del amor romántico en el imaginario colectivo. Las mujeres están “destinadas” a un solo hombre (Monsiváis señalaría la ausencia de las lesbianas en esta narrativa social) quien, al quitarles su sellito de garantía de pureza, las debe mantener, aunque a la larga ese esquema genere violencias de todo tipo, desde psicológica hasta física. Con ese mandato, las mujeres han quedado insertas en una urdimbre entrelazada de mistificaciones

culturales, donde la exigencia de pureza (virginidad) y de “decencia”, junto a la expectativa del amor, las ha atrapado en malas relaciones, algunas violentas, afectando todos los ámbitos de sus vidas. La sexualidad, en lugar de gozo y placer, se ha vuelto una forma de manipulación y sojuzgamiento.

Las luchas feministas han estado denunciando y desmontando ese mito del amor romántico que le ofrece a muchas mujeres una “justificación” para soportar noviazgos y matrimonios en los que se dan formas abiertas y encubiertas de agresión y sujeción, y que también les impide disfrutar del placer derivado de un ejercicio pleno de la sexualidad. Como el peso del mandato es brutalmente eficaz, esta represión sexual se da incluso cuando se tiene una buena pareja.

Participación en la vida económica y social

En una sociedad machista, como ha sido la mexicana, el trabajo de las mujeres ha sido poco apreciado; incluso cuando se le ha valorado, no se aquilata su cabal dimensión.

Con la tradicional división sexual del trabajo (las mujeres en el ámbito privado y los hombres en el público), las tareas desempeñadas por los hombres son las más valoradas, tanto económica como políticamente. En cambio, al trabajo femenino de cuidado y crianza se le ha restado importancia, como si se tratara de una disposición “natural” de las mujeres, y por ello no se lo valora y francamente pasa desapercibido.

El feminismo ha mostrado que el trabajo de las mujeres ha sido --y sigue siendo-- fundamental para la reproducción económica y social. El lugar destacado que ocupa el trabajo desempeñado por las mujeres en su casa consiste en una infinidad de tareas “domésticas” que van desde comprar y preparar alimentos, hacer la limpieza (barrer, lavar, planchar, etcétera) hasta el cuidado de los dependientes (hijos, personas ancianas, enfermas o con alguna discapacidad). Ese trabajo, que es la base de la organización de la sociedad y es fundamental en la vida familiar, es un trabajo “invisible”, sin salario ni prestaciones. Es, ni más ni menos, el cimiento sobre el cual se construyen las demás instituciones y se estructura el funcionamiento de la sociedad.

Pero además, para muchísimas mujeres, la necesidad económica las ha llevado a complementar el ingreso familiar con trabajos fuera de la casa. Ese es también el caso de las mujeres que son “cabeza de familia”, madres solteras o esposas abandonadas. Muchas han buscado ese ingreso extra realizando las tareas domésticas en otras casas o preparando alimentos para su venta en la calle. Así, llevan a cabo una doble jornada de trabajo doméstico.

Sólo es hasta los siglos XIX y XX que el trabajo de las mujeres irrumpió en otros ámbitos como las fábricas y las oficinas. Aunque con el ingreso de las mujeres a la educación formal se modificó el espectro de su participación en la vida económica y social, todavía hay un largo camino por recorrer para que las mujeres se desarrollen laboralmente en todos los campos. Como bien señaló Monsiváis, la educación es una fuerte palanca para la igualdad social y la autonomía económica.

Aunque en la sociedad se han abierto muchos espacios, el freno a la participación de las mujeres también proviene del peso del mandato de la feminidad en sus propias mentalidades, que condiciona sus decisiones laborales.

Además de reconocer las variadas luchas feministas por conquistar nuevas opciones laborales, con igualdad salarial y de derechos, hay que valorar y respetar el trabajo doméstico que llevan a cabo tanto las amas de casa como las empleadas del hogar.

Participación en la historia y la vida política

Las mujeres han jugado siempre un papel fundamental en los procesos sociales y en las grandes transformaciones de nuestro país. Sin embargo, escasos nombres se recuerdan, y poco se ha escrito de ellas hasta tiempos recientes. Han sido los trabajos de varias feministas académicas, investigadoras e historiadoras, las que las han puesto ante nuestros ojos.

Desde la Guerra de Independencia, basada y sostenida por las masas indígenas y populares, miles de mujeres lucharon junto a los hombres, no porque los “acompañaran”, como se dijo en algún momento, sino por su propio interés político. Las mujeres han estado en todas las batallas, en todas las luchas fratricidas a lo largo del nacimiento de la nación en el siglo XIX. Además de recordar a figuras conocidas como Leona Vicario, ejemplo de valor y compromiso político, es bueno destacar a mujeres menos conocidas, como las que colaboraron con el Partido Liberal a principios del siglo XX; las que estuvieron al lado de los Flores Magón; las precursoras de la Revolución y las que participaron en la gesta revolucionaria, incluso encabezando a grupos de hombres armados.

También hay que recordar y honrar a las mujeres que fueron pioneras en ingresar en centros educativos, luchando contra la oposición de los hombres; a las que organizaron los primeros congresos feministas; a las que lucharon por el derecho al voto; a las que abrieron la militancia femenina en los partidos políticos; a las que forzaron a la administración pública a incorporarlas; a las que participaron en los movimientos estudiantiles; a las que tomaron las armas en las guerrillas; a las que han luchado por el reconocimiento jurídico y social del aborto libre y seguro; a todas las que han participado activamente en proyectos de emancipación social.

Ha sido larga y sostenida la olvidada historia de la participación de las mujeres en todas las luchas por las mayores causas de México. Las actuales luchas feministas están visibilizando, reivindicando y honrando a las precursoras que han sido forjadoras primordiales de nuestro país. Y la historia oficial empieza ya a reconocerlas e incluirlas.

Siglo XX: cambios y permanencias

El desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas, acelerado desde finales del siglo XIX, trastocó diferentes órdenes de la vida que parecían inmutables. Esto cambió particularmente el lugar social de las mujeres en el siguiente siglo.

Los conflictos bélicos mundiales y las crisis económicas del siglo XX aceleraron la apertura de nuevos espacios y actividades para las mujeres. Muchas fueron incorporadas a las actividades productivas, abandonando tareas tradicionales, lo que también trastocó los contextos en los que se desarrollaban, al tiempo que se presentaba un cambio en su desempeño social y económico.

Pero también el siglo XX se transformó en temas tan fundamentales como la legitimidad del voto femenino, que abrió a una mayor participación cívica y política a las ciudadanas. Y, en otro rango, la creación de las pastillas anticonceptivas, que por primera vez posibilitaron una cierta libertad sexual a las mujeres. Poco después, se iniciaron las luchas feministas por lograr el reconocimiento legal, político y social del aborto. Monsiváis fue un gran aliado en esta causa, dirigida a conseguir esa libertad de decidir sobre los procesos sexuales y procreativos del propio cuerpo.

Este manejo más libre del cuerpo se extendió a nuevas formas de vestir, al mostrar partes del cuerpo que nunca se habían exhibido públicamente. Estas manifestaciones de la moda fueron reappropriadas por el mundo del comercio, que encontró la forma de seguir imponiendo formatos a la apariencia de las mujeres. Esa ha sido otra lucha feminista: cuestionar la cosificación mercantil del cuerpo femenino y denunciar los mecanismos de ciertas empresas del mundo del espectáculo y el entretenimiento, que no sólo objetualizan el cuerpo de la mujer sino que además tienen prácticas de acoso sexual con las modelos y artistas.

El siglo XX significó un tiempo de nuevos horizontes para las mujeres y sus luchas, logrando varias conquistas así como algunas derrotas, las cuales forjaron nuevas mentalidades. Con una visibilidad inédita, las jóvenes feministas han denunciado la continuidad de un sistema patriarcal, que se sigue resistiendo a soltar el control, y no comprende que muchos sectores de la sociedad se encuentran ya en el umbral de una nueva era.

El sistema patriarcal no sobrevivirá a las luchas feministas del siglo XXI, pues cada vez hay más personas (incluso hombres) convencidas de que nos conviene que haya más equidad de género. Esto conduce a un combate frontal al machismo, no sólo al profundizar en las demandas de reivindicación, sino también al debatir públicamente acerca de los retos que enfrentamos para liberarnos de la opresión y el sojuzgamiento. De lo que se trata, y ya lo dijo Monsiváis, es de luchar por una emancipación que transforme a la sociedad en su conjunto. Las recientes marchas feministas, acciones colectivas sin precedentes, son ya el anuncio de ese cambio.

Creatoras en la cultura y las artes

El lugar de las mujeres en la cultura y en las artes también ha sido históricamente afectado por el sistema patriarcal. Las mujeres han tenido que abrirse paso entre los prejuicios sexistas, que pretenden imponerles un papel pasivo. Se las ha preferido como musas más que como creadoras.

En esta sección vemos a mujeres que demostraron sus talentos artísticos en sus respectivas disciplinas (artes escénicas, danza, música, letras, artes plásticas, fotografía). Sin embargo, las que tuvieron familia requirieron multiplicar esfuerzos para ejercer su profesión, por la doble jornada y su papel de cuidadoras: primero están los demás antes que ellas. Por el contrario, los hombres pudieron dedicarse de lleno a sus carreras y vocaciones, pues siempre tuvieron una mujer (esposa, amante, madre, hermana) que les resolvía sus necesidades básicas de comida, ropa limpia, etc. Esta es una de las razones por las que, en las colecciones de todos los museos del mundo, aún en los de arte contemporáneo, la mayoría de los nombres son de creadores masculinos.

La educación artística para la población femenina ha estado, durante mucho tiempo, sesgada. Ya desde el siglo XVII, Juana de Asbaje (mejor conocida como Sor Juana) desechó la vida marital y eligió el convento, no tanto por una vocación religiosa, sino para tener la oportunidad de estudiar y tener acceso al conocimiento.

En las academias de arte, hasta antes de 1888 no se admitían mujeres en sus aulas. En México no fue sino hasta 1898 que se les permitió ingresar a una de las materias fundamentales para una persona artista: el dibujo del modelo desnudo. Para ellas se abrió un grupo especial, para que no tuvieran que cursar esa materia con los hombres. Antonio Rivas Mercado, durante su administración como director de la Academia de San Carlos (1903-1912), pretendió unificar los grupos, sin embargo, los padres de familia externaron quejas al presidente de la República para que continuaran separados alumnos de alumnas. Sólo después del movimiento estudiantil de 1968 se introdujeron las clases mixtas.

Varias de estas artistas, cuyos compañeros sentimentales compartían su profesión, quedaron a la sombra de ellos.

Así pues, esta sección es un reconocimiento a las que pudieron abrirse paso y asumir su vocación, apoyando con su esfuerzo y su disidencia a que hoy la situación para las mujeres creadoras sea diferente.

En los últimos años la creación artística y cultural se ha poblado de muchas jóvenes en muy diversas disciplinas, innovando y revolucionando los lenguajes estéticos. Ellas son ya la concreción de los sueños y las aspiraciones de nuestra ilustre Sor Juana.